

MS

EDITORIAL

— ◆ —
COLECCIÓN
EL LIBRO DE LA VIDA

— ○ —
VOLUMEN I
LOS
INVISIBLES

— ◆ —
*Historias propias, ajenas e imaginarias
para comprender mejor la vida.*

— ● —
BYRON SAAVEDRA SANTANA



Los años pasan como si fueran horas, pero solo lo notas cuando observas al tiempo desde afuera, cuando notas que el camino para experimentar la vida en plenitud es sin miedos, sin prejuicios ni restricciones, pues limitado es el tiempo en el viaje, pero tú decides si ver por la ventana, componer música, cantar, bailar, crear o solo irás durmiendo hasta que termine el recorrido.

Este no es un libro ni una biografía, las historias que se narran aquí son experiencias propias, ajenas e imaginarias, pues para evolucionar no lo hacemos solos sino en base a la contribución de la vida de todos.

LOS INVISIBLES

El amigo atemporal

Preocupado por las tareas que parecían interminables, mi mente estaba distraída probablemente pensando en problemas que aún no existían, empecé a tomar mis cuadernos de mi pupitre, y al guardar mis cosas empecé a prestar atención al escritorio, estaba lleno de líneas y garabatos, algunos parecían simples chistes, otros me resultaban conocidos, eran “fichas mnemotécnicas” diseñadas para dar soporte durante las pruebas y exámenes, conocidas en mi país como “polla” nombre extraño ahora que conozco un poco sobre el lenguaje de España, pero efectivamente estos diminutos textos que parecían grabados con la destreza de un artista del microscopio atrajeron mi atención.

Al ver esa diversidad de textos me surgía una pregunta, en serio es más fácil anotarlas sobre un pedazo de madera que escribirlas sobre la mente, así sea temporalmente. Eran tantas y tan diversas los tipos de caligrafía que comprendí, por este escritorio han pasado muchos, todos han aportado y ni siquiera necesité ver a sus autores para saber que estuvieron aquí, solo debí prestar más atención.

Años después durante una prueba de la universidad recordé este detalle, y al encontrarme vacío de información, pues no

recordaba una fórmula financiera, tuve fe, de manera que levante la hoja sobre mi escritorio buscando con esperanza entre aquellos garabatos un mensaje dejado por otro, un mensaje que me podría servir en ese preciso instante, y sí, allí estaba, envuelto entre líneas de dibujos obscenos y textos de amor, la fórmula que había olvidado, cálculo de anualidades.

Solo sonreí y comprendí, que somos más que nuestra presencia actual, podemos ayudar a otros sin siquiera intentarlo, si dejamos una huella útil en algún lugar, tarde o temprano otros lo verán. Aprendí que mientras muchos dejan en el mundo garabatos y obscenidades, otros dejan humor, amor, solución que busca perdurar, hasta que un año lectivo nuevo lo reinicia todo. Me gustaría comentar todo lo que leía en aquellas memorables pizarras improvisadas, siempre podías contar con alguna tontería que te sacaría una sonrisa, o la visión que tienen otros del amor, incluso obras de arte grabados en colores azul, negro y rojo.

Al final me di cuenta que también podía dejar una huella en aquel lugar, y que ese mensaje tendría efecto en alguna otra persona, una persona que no compartía el mismo tiempo que yo, que en algún momento en el futuro se sentaría allí y compartiríamos el mismo espacio en diferente época, y dependía de mí formular ...*¿Qué mensaje le dejaría para mi amigo atemporal?...*

El miedo de actuar

En esta obra de teatro que llamamos vida, todos nos enfrentamos al pánico escénico en algún momento. Quizá cuando eras niño no tenías temores y actuabas conforme tus emociones, sin medir riesgos y enfrentando las amenazas, aunque claro, estas experiencias son muy personales.

Un niño aún carece de la experiencia que nos da el conocer la causa y efecto de nuestras acciones, pero de la misma forma al ir creciendo, estas se convierten en las anclas que no nos permiten navegar en el río. Os contaré...

Un adolescente disfrutaba con sus amigos de una caminata por el centro de una gran ciudad, como en toda urbe el ruido de los autos y las voces de cientos de personas andando mitigan los sentidos, dejamos de prestar atención o simplemente ignoramos el entorno de forma involuntaria, después de todo nuestro cerebro funciona así reduciendo la cantidad de estímulos y optimizando el mundo que nos rodea.

Nuestros ojos solo enfocan un leve punto del entorno, el resto solo es ruido o borrosas formas. Pero de entre el grupo de amigos absortos en risas, a uno se le abrió el apetito y todos

decidieron comer con él, las tradicionales carretas de comida siempre disponibles entre edificios del centro de una ciudad.

Esa breve pausa de los tres amigos les permitió observar a su alrededor, ver lo que los demás por ser parte del sistema que los rodeaba no veían o preferían borrar.

Uno de ellos observó a la distancia a un grupo de niños, caminando entre los autos, algo que se había vuelto parte del paisaje, parecían tener alrededor de siete años. Mientras sus dos amigos conversaban y discutían sobre la comida y quién la pagaría, pues para los adolescentes de aquella época solo tener para el lunch ya era tener dinero.

Mientras el joven que miraba a la distancia analizó la escena, una mujer reposaba en el suelo, a los pies de la entrada de una gran catedral, un lugar por el cual pasaban personas que pedirían misericordia de una mano divina en el interior, la mujer parecía estar sofocada por el calor de la ciudad y sucia por la contaminación de los autos.

Los niños que corrían entre los autos pedían una colaboración para poder comer algo, y luego regresaban donde aquella mujer con las manos vacías. En ese momento en aquel joven despertó el deseo de ayudar, él que era quien más disponía de

entre sus amigos quería ayudar a otros, ya había comido antes y le pareció que a aquellos niños les hacía falta comer algo. Se detuvo antes de dar su primer mordisco y no se movió por un instante, como si alguien lo observara diciéndole, no deberías ayudarlos, que pensarán los demás.

Uno de sus amigos se detuvo y pensó que le ocurre, al ver la escena comprendió que su amigo quería ayudar... pero el miedo que culturalmente su familia y la sociedad le habían impuesto no le permitía moverse. Su amigo siendo un rompe reglas le dijo...

—Oye que te ocurre, si nos vas a pagar la comida verdad..., *-solo era frase para romper aquel incomodo momento-*.

—Es que quiero ayudarles, será que querrán la comida

—Pues anda y pregúntales...

—Es que están muy lejos y no se...

—Dame acá, de paso voy y les doy la mía también...

En ese momento se apresuró, le quitó el plato de su mano y le dijo al señor de la carreta

—Ya regreso señor, hay se le dejo empeñados a este par...

Los dos jóvenes y el señor solo se voltearon a ver entre ellos, sin decir nada, solo con un poco de sorpresa en sus miradas.

Decidido, aunque con algo de temor el joven cruzó las calles hasta llegar donde se encontraba la señora. Ella lo miró como pidiendo un poco de esperanza y le dijo

—Por favor una caridad, me puede ayudar con algo para mis hijos.

En ese momento el joven sonrió y con voz decidida de su interior salió una frase, ni siquiera la pensó.

—Para eso estoy aquí

La señora mostró alivio y el joven le dijo que llamará a sus hijos que no creía que alcanzaría, pero sería algo. Luego el joven se sentó en el piso de la calle junto a la señora y les empezó a repartir un poco de comida a cada uno, y mientras cruzaban un par de palabras, le explicó su desdicha, como ella había salido de su pueblo para buscar algo que le habían prometido, una ciudad en la que podría encontrar trabajo pero que no podía dejar a sus hijos, le comentó como estaban viendo en una invasión de un terreno esperando conseguir algo para trabajar.

Mientras el joven aprendía una lección volteo a ver a sus amigos a la distancia, y le dijo a la señora que tenía que irse, pero que le deseaba suerte, que aquel chico a la distancia era el que le mando el plato de comida. Luego se levantó y limpió su pantalón de colegio y fue donde sus amigos a devolver los platos.

—Ves como no era tan difícil

En ocasiones las cadenas que atan nuestras acciones no son visibles. Los prejuicios, la cultura y nuestra crianza, la sociedad imponen las formas de comportarnos y limita nuestra naturaleza, nuestra verdadera capacidad.

Una gran lección aprendió ese día aquel joven que, sin intención de experimentar, algo se grabó en su interior, el miedo del que dirán, el miedo de actuar y nuestra percepción sobre otros nos limitan para poder cambiar, aunque sea una palabra en el momento adecuado puede alterar un poco la realidad y reescribir el guion de nuestras vidas.

La voz que escuchas

Días pasan y avanzan, una luz entra por tu ventana, es el primer rayo de sol que no te dejará dormir más, solo te levantas cada mañana lavas tu rostro, llegas a la cocina a preparar tu desayuno, enciendes la televisión y luego te preparas para una jornada, de joven estudiar, de adulto trabajar y como si fuera un hábito, de anciano alguna rutina nueva nos forjamos.

Pero olvide algo mencionar, en todas las rutinas que creamos para nuestra vida siempre hay alguien que nos dice... tengo que levantarme.... tengo que ir a la escuela ... se me hace tarde para ir a trabajar ... y si mejor espero el siguiente bus, este se ve muy lleno... que bonita es la chica que va en aquel asiento, y si me acerco... estoy hartito debería tomarme unas vacaciones... y si voy gastaré mucho dinero como pagaré la casa...; es una voz que resuena durante toda nuestra vida en nuestras mentes, una voz que nos suele acompañar en edad, pero a veces no, a veces suena más serena y sobria, otras veces más alegre y juvenil.

Seguramente no puedes emitir un pensamiento sin escucharla, casi en cada acción esta esa conciencia presente. De la naturaleza de nuestra especie surgen dudas y preguntas; y si todos escuchamos esa voz, las personas de otros países las oyen

en su idioma, las mujeres oyen una voz femenina, y acaso los que están sordos que oyen cuando piensan, es como la pregunta de qué ven los ciegos cuando sueñan. La experiencia humana es algo personal único en cada individuo.

Y si pudieras ser tú, esa voz que trasciende al tiempo y al espacio interior. Si, así como escuchas la voz del hoy, pudieras escuchar tu voz de antaño diciéndote: ¡hey para ahí, no hagas eso, recuerda!, de tu pasado la voz te enseña a no repetir los mismos errores. Acaso no sería posible que tu voz consciente de hoy también le deje esos mensajes a tu versión futura, o acaso ya lo haces, ¡mañana deberás correr con más ímpetu que nunca!

Lo sorprendente de saber que la voz que escuchas es la tuya, el que ese ser invisible que siempre estará a tu lado eres tú mismo. Que nunca estarás solo, que hay tantas versiones de ella, de aquella voz, como experiencias has tenido. Algunas veces te dará malos consejos, otras veces serán sabios mensajes, todo depende de si escuchas al niño o al sabio.

Esto me recuerda una historia, un hombre que había recorrido un largo camino de experiencias tenía una costumbre, un ritual si se quiere, mientras muchos recurren al alcohol o ir a ver el

mar, o realizar una caminata para despejar la mente después de un problema, este hombre solía subir a lugares altos.

Le gustaba ver el cielo, las nubes, sea de día o de noche, soleado o con tormentas. En los momentos más difíciles de su vida solía ir al mismo lugar, ver al cielo y recordar que ya estuvo antes hay, en momentos sin control de lo que ocurría, o destrozado por errores que lo rompieron, o cuando niño llorando para esconderse de su madre por un examen con nota baja. Era el mismo lugar, diferentes momentos, y un día decidió hacer uso de su voz presente, se imaginó a sí mismo arrodillado llorando, y poniendo una mano sobre el hombro de aquella imagen de sí mismo, decidió enviarle un mensaje a su versión más joven...

—No te rindas, tranquilo, todo pasará. Hoy se parece que todo va mal y si, las penas duran mucho a veces, pero pasarán... hoy estoy aquí y eso que te aqueja ya no será tan importante, ánimos tu ya saliste de ese problema.

En ese momento se dio cuenta de que, no solo podía hacerlo cuando se sintiera pésimo, sino que todo día era bueno para enviarle un mensaje a su versión de ayer, lo harás bien, hoy estoy bien. Y todo día era bueno para escuchar a su voz del mañana... estaremos mejor. Sin importar el momento tú puedes ser la voz que escuchas, y las palabras que necesitabas oír serán las tuyas, sin importar el momento.

Desconocido

Me gustaría pensar que esta historia formara parte de la vida de todos, que de una u otra forma hayan podido encontrar en las acciones de un desconocido el valor para hacer la diferencia.

Los niños suelen ser más directos y quizá por ello suelen decir que son crueles, pero mucho del comportamiento lo aprenden de los adultos, solo que ellos no se imponen límites, esperan que sean los mayores quienes se los marquen. Pero que ocurre cuando los que se supone deberían mantenerlos a salvo, solo se convierten en malos maestros.

Dicen que la vida es dura, y para ello nos preparan los adultos, pero, en esta escuela de natación esas palabras toman otro concepto, aprender a nadar no solo se trata de estilo, se trata de supervivencia. La disciplina estricta suele ser una buena maestra, pero existe una línea delgada entre enseñanza dura y el abuso de poder.

Al ingresar a este lugar podías ver grandes piscinas para adultos, en sus partes menos profundas son un metro y medio al menos, y en las áreas para los saltos ornamentales solían tener 5 metros de profundidad. Los padres suelen pensar que sus hijos estarán a salvo con instructores y que la enseñanza

será adecuada para cada uno, pero la realidad distanciaba de aquello.

Los niños ya un poco más avanzados solían entrenar saltos en plataformas de más de 3 metros de altura, y para hacerles perder el miedo a saltar los instructores los sujetaban de los tobillos y colgaban de cabeza sobre la plataforma para soltarlos de cabeza hacia la piscina. Una práctica de superas el miedo o te forzaremos a perderlo.

Al caer de esa altura el tiempo pasa más lento, quizá por la adrenalina, para los que ven desde afuera una caída dura un segundo, pero para quién cae dura cuatro veces ese tiempo. Llegar a lo profundo en la oscuridad y sentir la presión del agua en los pulmones y oídos despierta tu instinto de supervivencia, o sales de allí o vas a morir.

En ese lugar también enseñaban a niños de siete años y menos, eran un poco menos duros con ellos, los maestros los hacían saltar a la mitad de la piscina y les forzaban a nadar hasta el borde. Un día mezclaron a ambos grupos, algo normal pues quedaban pocos, no porque hubiesen muerto sino porque se retiraban por miedo a seguir aprendiendo así. Otros niños estaban a gusto aprendiendo, sin embargo, supongo son cosas generacionales y de tener nuevos amigos.

En aquel día un maestro joven replicando la forma de enseñanza arrojó a los niños a la mitad de la piscina, uno de los niños, un regordete o como dirían “niño saludable” se quedó a mitad de la piscina y perdió su tabla flotadora. Mientras los demás niños avanzaban hasta el otro extremo, aquel niño quedó atrapado pataleando mientras el maestro le gritaba, ¡patalea y nada o te ahogas!, en ese momento los demás estaban llegando y uno de ellos se detuvo, voltea a ver al maestro quien solo gritaba no lo ayuden tiene que aprender.

Aquel niño vio el temor en los ojos de los otros, no debían desobedecer a su maestro, ellos querían ir a ayudar al que se quedó atrás. Mientras pataleaba haciendo su mayor esfuerzo y parecía hundirse, unas manos aparecieron y lo levantaron. Aquel niño que se detuvo había regresado para ayudarlo, lo acompañó y levantó para que pudiera alcanzar su tabla y con paciencia le enseñó como debía sujetar su tabla y patalear para llevarlo hasta la orilla.

A los ojos de su maestro eso merecía una reprimenda y cuando terminó la clase lo obligó a recorrer la piscina de un extremo al otro varias veces hasta el cansancio. Supongo que a veces las acciones buenas no son bien vistas por todos y también traen consecuencias duras.

Pero, aunque las acciones de aquel niño desconocido merecían castigo según sus instructores, para los demás niños fue una lección, romper las reglas y actuar es un asunto de voluntad.

Los padres regresaban a recoger a sus hijos al medio día. Y mientras aquel niño desconocido continuaba nadando en la piscina escucho una voz que le gritaba.

—Amigo, amigo ven

Era aquel niño regordete con sus padres al borde la piscina, estaba feliz y les decía a sus padres que ese chico era su héroe, lo había salvado mientras los demás solo miraban. Los padres se inclinaron al borde del agua y mientras el joven desobediente los miraba desde abajo, ellos le estrecharon su mano, y agradecían de corazón. Querían que su hijo siguiera aprendiendo con él a nadar. Luego de varios días le enseñó lo básico, para que nunca volviera a tener miedo al agua.

Quizá nunca recuerden sus nombres, ni el del instructor, ni el de los compañeros de aquel curso, pero la memoria de un desconocido puede perdurar y cambiar las vidas de muchas personas. Al fin y al cabo todos somos desconocidos, hasta que un día podemos dejar de serlo.

Dedicado a mi familia y amigos,
que hoy no las puedo ver,
siempre han dejado su huella,
son los invisibles que acompañan
mi camino cada día.

Continúa el camino...

El Libro de la Vida

Próximamente

Volumen II

(Título por anunciar)

Hay historias que aún esperan ser contadas.

Sobre la colección

EL LIBRO DE LA VIDA

Cada volumen reúne relatos inspirados en experiencias
propias, ajenas e imaginarias.

No pretenden ofrecer respuestas absolutas, sino preguntas
capaces de acompañar al lector mucho después de cerrar el
libro.

Cada historia puede leerse de forma independiente, aunque
juntas forman un recorrido por aquello que muchas veces
pasa inadvertido: las personas, las decisiones y los pequeños
momentos que transforman una vida.